

LA IGLESIA QUE ESPERA

*El que da fe de todo esto proclama: —Sí, estoy a punto de llegar. ¡Amén!
¡Ven, Señor Jesús! Apocalipsis 22.20, BLP*

Al final de Apocalipsis, Juan retoma las vívidas imágenes del enlace y la boda. Ya hizo una alusión a la boda venidera. Dice que oyó a la multitud de los redimidos cantando aleluyas por ‘las bodas del Cordero, y [porque] su esposa se ha preparado’ (19.7). Además, se le ha dado para vestirse ‘lino fino, limpio y resplandeciente’ (19.8). Ya le ha dicho el ángel a Juan: ‘Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero’ (19.9). Y Juan también vio a la nueva Jerusalén ‘descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido’ (21.2; ver v. 9).

Pero ¿dónde está él? ¡No se lo ve en ningún lugar! No le corresponde a la novia salir a buscar a su novio; es él quien debe buscarla a ella. Ella ya se ha preparado. Está vestida y adornada. Ahora solo puede esperar que él se presente, con la excepción de tomarse la libertad de expresar su anhelo: ‘El Espíritu y la Esposa dicen: Ven’ (22.17). El ministerio supremo del Espíritu Santo es dar testimonio de Cristo, y el supremo anhelo de la novia es dar la bienvenida a su novio.

Así concluye el libro de Apocalipsis. Deja a la iglesia esperando, anhelante, expectante —la novia vela ansiosamente por su novio, clama por él y se aferra a la triple promesa de que viene pronto, alentada por quienes hacen eco a su clamor: ‘Amén. ¡Ven, Señor Jesús!’.

Mientras tanto, ella tiene la confianza de que su gracia será suficiente (v. 21) hasta que comience el eterno banquete de bodas, y ella sea unida a su novio para siempre.

Para continuar leyendo: Apocalipsis 22.14–21

